

CALLE ADELANTE

(CUENTO)

Por JESÚS DELGADO

PEGADAS las caras a la ventanilla del tren, buscándome ávidamente, descubrí a mis amigos Emilia y Julián, entre ellos a Santiago, su hijo, niño de siete años de edad, rubio de pelo rizado, de hermosos ojos azules, como los de su madre. Dentro de sus hermosos ojos azules me reía y creaba Santiago, cuando su madre, señalándole el sitio que yo ocupaba en el andén, le hablaba de mí. Bajaron del tren y separando a la gente llegamos a saludarnos.

—El niño viene muy contento—, dijeron Emilia y Julián.

—Aquí, ya lo veréis, mejorará en seguida... Soy un poco culpable de este veraneo vuestro..., de lo que no me arrepiento... Esta playa es una delicia...

Me había echado Santiago los brazos al cuello y besándome me preguntaba por el mar, por la arena de la playa, ¡oh!, esa arena que no mancha, por los niños que serían sus amigos, por las sirenas... No me dejaba casi hablar.

—A vosotros—comentaba yo—también os hace falta este descanso. Será como salir de la cueva al aire, de la sombra al sol, de la noche al día... Además, hemos de divertirnos. Ayer llegaron Carmen, María y...

Volví a Santiago a interrumpirme, diciendo:

—He de hacer un gran palacio de arena... ¿Hay muchas conchas? He de hacer un palacio de conchas que brille como el sol, que sea el sol mismo...

Habíamos llegado a la casa que yo arrendase por mediación de Emilia y Julián. Tenía un balcón en las traseras que daba al mar. Abrí el balcón de par en par recreándome en enseñarle tal maravilla. Atardecía. El sol caía en el mar. «Ya sé donde se esconde por la noche el sol», dijo Santiago. Después inclinó su cabeza en el regazo de su madre y se quedó profundamente dormido. Lo acostaron: su cabeza rubia parecía un manojo de sol sobre la nieve. Emilia y Julián volvieron al balcón. Recostados el uno sobre el otro contemplaban en silencio la noche en el cielo y en el mar. Escuchaban. Sentían latir sus corazones cerca. La lejanía les conmovía con su ensueño de misterio y los llevaba y traía. Y se les metía en el alma y volaba dentro de sus corazones. Añoraban no sabían qué, ni les importaba mucho. Estaban abandonados en las potencias de Dios. Allá en el abismo del cielo donde moría el murmullo del mar, se preveía un profundo silencio impuesto por un rostro oscuro y dulce, que esperaba para sonreír el amanecer.

Emilia y Julián se conocieron en Cáceres. Julián era castellano, seco y alto, hidalgo en otros tiempos. Fué empleado a Cáceres, co-

mo funcionario de un Banco y, allí, en ese Cáceres entre un paseo y una plaza, conoció a Emilia. Era Emilia una muchacha sin grandes atractivos físicos; esta era la verdad. Solo sus hermosos ojos azules, que heredase su hijo Santiago, podía ser lo único que de ella destacase. Tenía feminidad de felino a los dieciséis años y de vegetal a los veinticinco.

Emilia y Julián se casaron cuando la primavera abría sus alas cobijando a todo, tierra, piedras, árboles y aire. Era una sonrisa la rama florida, brillaba el verde del trigal, volaban alto las cigüeñas, cantaban los pájaros y los primeros grillos. Llevaba Emilia un ramo hecho de tela blanca y almidonada, de azahar, perfumado con esencia de jazmín. Sus manos pequeñas y finas estaban atadas con la cinta blanca. ¡Cómo recuerdo aquella boda! Significaba mucho para mí Emilia, aunque jamás fuese mi novia. Entraba mucho en mi casa y distraía a mi madre contándole los dimes y diretes de la ciudad, las películas y funciones de teatro que veía, las novelitas que caían en sus manos. Narraba bien y entretenía. Llegó a ser Emilia en mi casa una institución, llegándosele a consultar cosas del hogar y de la familia. Asistía con cariño a mi madre cuando estaba enferma. Yo creí en un principio que Emilia iba a mi casa en busca mía. ¡Qué equivocado estaba! Me dí cuenta de mi absurda posición cuando una vez que todos me creían en la calle, ví a Emilia besar con cariño uno de los objetos que mi madre le daba con frecuencia. Más de una vez descubrí en Emilia tal o cual alfiler, broche, peineta de mi madre. Ella no estrenaba traje sin que mi madre diese su visto bueno o le indicase una reforma que Emilia siempre hacía complacida. La verdad de todo aquello era la falta de madre en Emilia; quiero decir, que era más inteligente que su madre, sirvienta al fin y al cabo, buena cocinera que casó con un señorito. El padre de Emilia era el tipo de señorito provinciano, vago y sin grandes vicios, empleado en una casa comercial por su simpatía y por su inteligencia. Vivía para las copitas de vino que antes del almuerzo y cena tomaba acompañado de algunos amigos. Se proyectaban cacerías y comilonas, se proyectaban nada más, pues rara vez las hacían; se contaban chistes y se fumaba mucho.

Fuí yo quien habló a Julián, callándome detalles íntimos, de las buenas cualidades de Emilia, su condición bondadosa por naturaleza y por naturaleza también su exquisita sensibilidad hogareña. Y creo que mis conversaciones sobre ella influyeron notablemente en que Julián se fijase en su figura... Tuve que ausentarme de Cáceres con motivo de mi trabajo durante dos años. Cuando regresé, la primavera—como odio a la primavera—se extendía por el paisaje. Fué Emilia la que me dijo que se casaba advirtiéndome que no dejase de asistir a su boda. Rogándomelo encarecidamente. Y fuí. Aquel día noté derrumbarse sobre mi cabeza algo, un mundo. Desde entonces tengo yo el corazón lleno de escombros. Noto y sufro ahora los escombros y antes no me dí cuenta del edificio que me había construido para vivir. Desde entonces comprendo a las ruinas. Lo que representa en este momento Emilia para mí no lo quiero saber. Está

durmiendo en mi subconsciente y yo, sinceramente, no deseo despertar. Todos mis recuerdos o meditaciones de mi tiempo paran aquí, es el límite que yo fijo. Mi vida es un día nublado, gris y frío. No me soliqueo conmigo, no; me dejo llevar por la corriente de lo vulgar y cotidiano, no por el río de la prisa, sino por la calle despacio. Calle adelante. Calle adelante.

Cuando estaba veraneando en E... recibí carta de Emilia y Julián, diciéndome que el doctor les había recomendado que llevaran a una playa a su hijo Santiago. En Santiago, hijo único, se centraba la vida de sus padres. Inflú en el permiso de Julián, a quien presté dinero, sin que Emilia lo supiese, por mediación de mi habilidad; les busqué casa, hice todo lo posible porque viniesen donde yo estaba. Y allí los tuve al poco tiempo.

Comenzamos a salir juntos. Iba yo todas las mañanas por ellos. Notaba que Emilia y Julián se encontraban contentos en mi compañía. Hacíamos giras a los alrededores. Algunas veces acompañados de nuevos amigos y Carmen y María, muchachas deliciosamente alborotadoras y vacías de seso. Gritaban, bailaban y cantaban a la menor indicación. Estaban en el tajo a todas horas. No se enfadaban jamás. Todo lo olvidaban y perdonaban en el mismo momento que se les decía una inconveniencia. Analizaba yo a aquella gente y el resultado era bueno. El matrimonio Emilia-Julián nos había ensanchado el campo de acción. Emilia era feliz; se le notaba en los ojos, en la boca fresca y risueña, en la piel. Un día, agarrándose del brazo de su marido y del mío, dijo:—«Dejadme que vaya así... José es como si fuese mi hermano, ¿no?—me preguntaba mirándome a los ojos—. Entre los dos soy la mujer más feliz del mundo». Julián y yo estábamos contagiados de tanta alegría. Como chiquillos reíamos y jugábamos. Emilia iniciaba una canción y gozaba lo indecible oyendo como nosotros inconscientemente la seguíamos hasta terminarla. Cantábamos dúos de zarzuelas haciendo de una sola persona Julián y yo, en oposición a Emilia. Nos confundía la dicha en un solo ser. Santiago también se sentía feliz. Siempre revolcado en la arena, loco de contento con sus caracoles y conchas; sus chozas y palacios de arena. Aquella mañana del quince de Agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora, Santiago estaba más hermoso que nunca. El mar le besaba los pies, el cielo se le había metido en los ojos, el sol se le hacía flor entre los cabellos. Un ángel. Por la tarde pasé uno de los ratos más amargos y duros de mi vida. Habíamos comido juntos Emilia, Julián y yo; Santiago comió antes y con la sirvienta se entusiasmaba hablando de la playa y el mar, contaba una y mil veces sus conchas y caracoles. A media tarde llevamos a Santiago a la playa y nosotros nos fuimos a corretear por la ciudad. Se lo recomendamos a una familia conocida para que tuviesen cuidado de él. «Cada día es más travieso», fué la frase de Emilia.

No tardamos en volver a la playa. Ibamos alegres, llenos de un optimismo que nos hacía reír por cualquier cosa. No bien pisamos

la arena se nos quedó apagado algo que llevábamos dentro encendido. Había un enorme barullo, gritos y llantos, confusión de madres que buscaban a sus hijos.

—Alguna desgracia—dijo Emilia.

A los tres nos dió un vuelco el corazón. Hacia nosotros venían unos chiquillos corriendo y chillando:

—¡Santiago!... ¡Santiago!... Allí, allí, entre la arena...

—¡Mi hijo, Dios mío, mi hijo, hijo de mi alma!—gimió Emilia.

Julián y yo corrimos hacia donde nos indicaban los muchachos. Hombres con palas revolían la arena. Nos enteramos que unos niños jugando enterraron a Santiago. Saltaron por encima de él revolviendo la arena y no lo encontraban. Ellos habían gritado mil veces: «¡Santiago, sal!» Pero, Santiago no quiso o no pudo salir. Tanto tardaba, que los chiquillos atemorizados huyeron unos, y buscaron a sus madres, otros. De rodillas en la playa, escarbando en la arena, Julián y yo buscábamos a Santiago. La angustia se cuajaba en nuestra sangre y nos agarrotaba la garganta. Parecía que a Santiago se lo había tragado aquella arena. Emilia buscaba entre los niños a su hijo, se echaba de bruces en la playa, lloraba y gritaba desesperadamente. Varias mujeres la sujetaban cuanto podían. Pasaban unos segundos largos, inacabables, intensos. La tarde se nos caía encima, tan vencida como nosotros, tan pausada, tan brumosa... Yo fui quien tropecé con la cabeza rubia de Santiago, llena de arena, inerte. Estaba boca abajo. Tiré de él y lo saqué de allí. Le puse boca arriba, cara a la noche que se presentía ya. Lo zarandeaba, le soplabo los ojos y en la boca. Le coloqué entre mis piernas haciéndole la respiración artificial; le pasaba las manos por el pecho, por la cara. Emilia y Julián arrodillados ante él, le besaban y le lamían, como animal a su herida. Yo estaba extenuado. Un hombre serio y duro me puso la mano en el hombro, me agarró del brazo y me levantó del suelo. «Es inútil todo lo que haga. Este niño ha muerto hace más de dos horas», me dijo.

El mar bramaba como nunca. «¿De qué abismo salieron aquellas nubes negras, pesadas, amenazantes?» Se cernía sobre nosotros la tormenta. Tendido Santiago se iluminaba con los relámpagos que le abrían un cielo inmenso. Su madre lo cogió en brazos y lo alzó para arrancárselo a la tierra. Lo llevaba como si quisiera amamantarle con su vida. De pronto se dió cuenta de que sólo llevaba el cuerpo muerto de su hijo. Se fué hacia el mar, deprisa, corriendo. Voces se oían: «¡Todos fuera de la playa!» «¡Hay tempestad!» «¡Hay tempestad!» A Emilia le llegaba el agua por la rodilla. No sé cómo pudimos sacarla de allí. No abandonó a su hijo, al que cada vez apretaba con más fuerza. Camino de casa fué besándolo con cuidado para no despertarlo ya.

Han pasado varios años, Emilia y Julián tienen más hijos. Uno de siete años de edad, rubio, con hermosos ojos azules, como aquel Santiago que se nos murió en la playa, entre la arena. Es ahijado

mió. Hoy colgado a mi cuello, me decía: «Llévame a ver el mar este verano. Yo quiero jugar con las olas del mar y con la arena».

Emilia, Julián y yo mirando al suelo hemos visto agonizar de nuevo a Santiago y hemos llorado silenciosamente. La tarde ha ido cayendo a nuestros pies, lenta y cobarde. Mi ahijado nos mira a los tres y no pregunta nada. A través de mis lágrimas recuerdo tres caras llenas de júbilo, de alegría, de ilusión pegadas a la ventanilla del tren, Emilia, Julián y, en medio, un niño de hermosos ojos azules. Dentro de unos hermosos ojos, azules me veo yo. Yo mismo, perdido en un lago que no sé bien si es mar o si es cielo. ¿Son los ojos de Emilia o de Santiago donde yo me encuentro? No lo sé. Me levanto de pronto y enciendo la luz y me llevo de la mano a mi ahijado. Calle adelante vamos. Calle adelante. Y, hoy, deprisa.

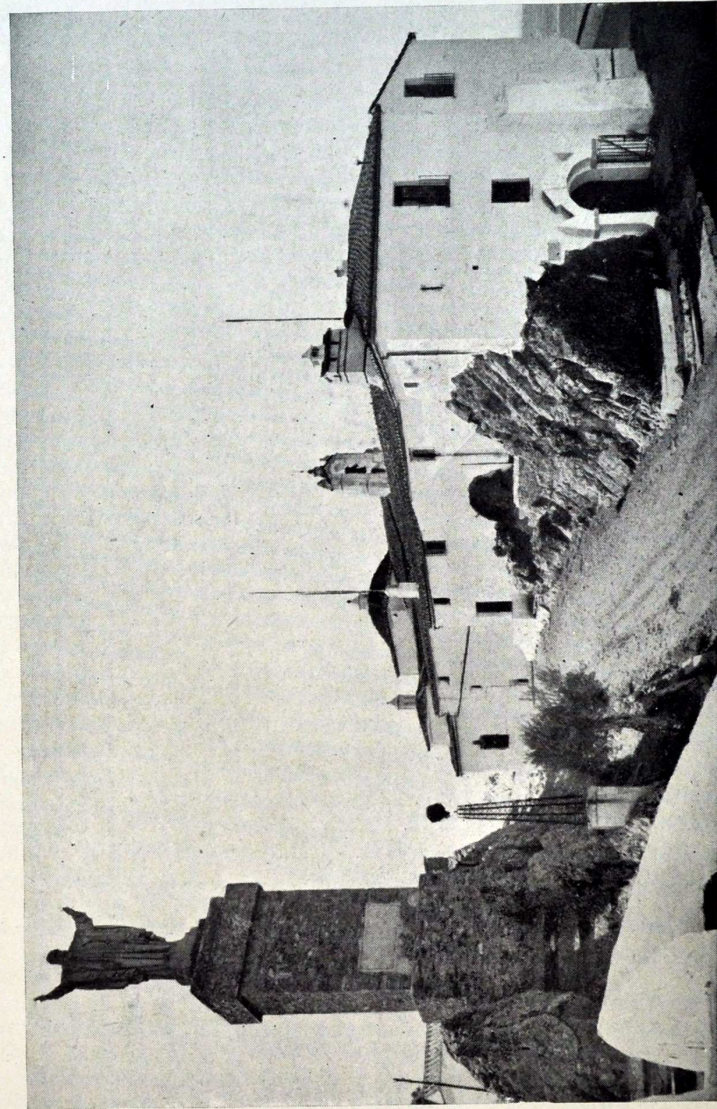
LA ROSA

SONETO

A D.^a Gregoria Collado, que sabe sentir
y vibrar como las cuerdas de una guitarra.

Naciste con el sol de una mañana
Alborando la bella primavera,
Cuando el céfiro alado te pusiera
Caricias de pasión en tu ventana.
Porque fuiste la rosa más temprana
Puse en ti mi ilusión más placentera,
Y contigo soñé cual si tuviera
Ardiendo el corazón en viva llama.
Y acercándome a ti con gran sigilo
Te contaba mis cuitas inocentes,
De tu ventana en el pretil al filo.
Y mostrabas tus pétalos rientes
Y exhalabas de esencias como un hilo,
Cual la más perfumada de las fuentes.

† CLAUDIO CASARES SANGUINO



ALBUM EXTREMEÑO: Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres y Monumento al Sagrado Corazón de Jesús